

Agustí Segarra Blasco

La senda del progreso

Un relato sobre las ideas económicas y el futuro del proyecto europeo



AULAMAGNA
PROYECTO CLAVE

La senda del progreso

Un relato sobre las ideas económicas y el futuro del proyecto europeo

Primera edición: 2021

ISBN: 9788418392887

ISBN eBook: 9788418392320

Depósito Legal: SE 833-2021

© del texto:

Agustí Segarra Blasco

© de esta edición:

Editorial Aula Magna, 2021. McGraw-Hill Interamericana de España S.L.

editorialaulamagna.com

info@editorialaulamagna.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@editorialaulamagna.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Per a la Pili, el Martí i l'Alba.
Per estar sempre al meu costat.*

Índice

1. Un mundo nuevo	11
2. Los orígenes importan	27
3. En la universidad	41
4. Tan iguales, tan distintos	55
5. Qué hago aquí	71
6. Manos a la obra	93
7. Empecemos por Adam Smith	105
8. No es lo que parece	119
9. Al fin tomé la decisión	133
10. La vida continúa	145
11. Deja tranquilo a Ricardo	161
12. El misterio del mercado	179
13. El ajedrez como estrategia	191
14. Los mercados ausentes	201
15. Quién domará a la bestia	219
16. Recesión o depresión, qué más da	235
17. Crisis. ¡Qué crisis!	253

18. Europa, pobre Europa	267
19. Las dos orillas	289
20. Y la música dejó de sonar	309
Referencias	321
Sobre el autor	325

Un mundo nuevo

A los veinticinco años crucé por primera vez el Atlántico. Aquella estancia por tierras americanas cambió mi forma de ver el mundo. Hoy comprendo mejor lo frágiles que somos, los matices y las transiciones de un estado a otro.

Durante mi infancia estaba instalada en una dicotomía permanente. En la escuela me hablaron mucho de los buenos y los malos, como si todo fuera tan fácil. Pasaba del negro al blanco, sin apreciar la gama de colores que hay entre los extremos. Ahora, me doy cuenta de que todo es mucho más divertido que aquel ambiente oscuro y triste en el que me tocó vivir de pequeña.

El mundo que nos rodea no pasa del blanco al negro ni del optimismo al pesimismo, bien que lo sabemos. Vivimos en un espacio complejo donde las partes y el todo interactúan sin descanso.

Desde aquella estancia lejos de casa, comprendo mejor los límites de nuestro planeta. Soy más consciente de lo banal que se ha vuelto nuestro estilo de vida. Dentro de unos años, nueve mil millones de seres humanos habitarán la Tierra. ¿Habrà sitio para todos? No estoy muy segura. La experiencia en Estados Unidos me ayudó a crecer como economista y también como persona. Han pasado diez años desde entonces; a pesar del tiempo trans-

currido, guardo muy frescos en mi memoria los recuerdos de aquellos días.

La primera vez que cogí un vuelo transoceánico hacia Boston iba buscando la chispa que no encontraba en mi entorno. Llevaba meses detrás de una imagen o de un concepto que no lograba concretar. «¡Una idea! —me decía—. Nadie va por ahí buscándolas». Estaba convencida de que estaba cerca de encontrarla. Sabía que estaba ahí, pero a pesar de mis esfuerzos no podía precisar ni su perfil ni su esencia. No tenía duda alguna, al final me toparía con ella y entonces las cosas iban a cambiar por completo. Después de tantos meses de búsqueda infructuosa decidí tomar aquel vuelo. Así empezó todo.

Al fin y al cabo, no debe de sorprendernos. Vamos por la vida a tientas, saturados de informaciones deformadas y medias verdades interesadas sin saber bien a qué atenernos. Solo unos pocos afortunados tropiezan con una buena idea original, mientras el resto de los mortales nos dejamos llevar en un mar de manipulación. Los más dichosos perciben su presencia, la acarician y se hacen con aquello que les abrirá las puertas del espacio jamás transitado por otros. La información nos agobia, pero las ideas, sobre todo las buenas, nos ayudan a respirar mejor.

En la escuela, de niña, las sentencias de los grandes pensadores las tomas de prestado, con prisas las anotas en tu cuaderno y retienes las que puedes. Ya de adulta te vuelves más exigente y buscas en caladeros lejanos. Aunque, en general, la pereza nos invade. Las ideas se toman por dadas, apenas se rebaten y van encauzando nuestras vidas por el camino marcado. Solo los más osados se atreven a ser originales.

De pequeños malgastamos muchas energías para retener en nuestra memoria la fecha en la que tuvo lugar un hecho histórico o bien las sentencias de los grandes pensadores del pasado. Escuchamos al que sabe. Tomamos notas. Transcribimos los teoremas y las frases hechas. Y hacemos nuestro el dogma del saber establecido. Para qué, si no, pasamos tantos años en la escuela. En nuestra niñez la vida es plácida, lineal y bastante monótona. Durante muchos

años, vivimos en un limbo hasta caer en la cuenta de que todo es un poco más complejo.

Hoy muchos de nosotros estamos inmersos en un mar de datos que nos abruma. Internet ha reemplazado a nuestra memoria y Google se ha erigido en la verdad que nadie se atreve a discutir. Un simple clic le permite al ignorante estar al corriente de los hechos más inverosímiles. Pasamos las horas buceando en el espacio digital, sin ser capaces de digerir la información encontrada. No se trata de un ejercicio sencillo, pues la criba de la información que encontramos en la nube digital requiere de mucho esfuerzo. A veces me pregunto si en este proceder queda margen para la iniciativa personal. En nuestros días, la creatividad es un activo intangible que cotiza a la baja.

Convencida de que lo que me negaba mi país lo encontraría bien lejos, una mañana fría del otoño de 2010 tomé aquel vuelo que me llevaría a un mundo desconocido para mí. Hice escala en el Charles de Gaulle de París, allí tomé un Airbus 380, en aquellos tiempos, el pájaro más grande que cruzaba mares y océanos. Aquel día percibí la desmesura de aquel invento, además de su belleza. Llamaron mi atención sus dos plantas, sus elegantes líneas, la dimensión de sus alas, así como sus cuatro motores Rolls-Royce que proyectaban su pesado fuselaje hacia lo más alto de las autopistas que cruzan los cielos del planeta. Mi asiento estaba en la segunda planta. Aquel viaje entre París y Boston fue plácido y tranquilo. Sin embargo, apenas dormí a causa de los nervios que me embargaron aquellos días.

Por entonces contaba con veinticinco años recién cumplidos. «No sé qué hago aquí, en un país extraño del que apenas tengo algunas referencias», me decía sin lograr controlar los nervios. Ahora soy consciente de todos mis temores. Solo buscaba las mismas oportunidades que tuvieron otros jóvenes que me precedieron en esa escapada. Quería explorar caminos jamás visitados. Qué ilusa. En realidad, no era más que una joven pueblerina nacida en un rincón de los Balcanes. «¡Tampoco pido tanto!», no dejaba de repetirme. A

fin y al cabo, solo quería demostrar que era capaz de ir tan lejos como tantos otros.

Era consciente de que algunas cosas jugaban en mi contra. Desde pequeña fui una niña obstinada y un tanto esquivada. Durante mi adolescencia me costaba abrirme a los demás. Las conversaciones que mantenían mis compañeros de curso me resultaban banales y aburridas. Viví peligrosamente en una especie de burbuja mental. He de reconocer que pagué con creces la imagen que se hicieron de mí en el reducido grupo de amistades que me acompañaron desde pequeña. Los que más me trataron me veían como altiva y arrogante.

Mi lugar de nacimiento tampoco jugaba a mi favor. Nací en Pernik, una ciudad minera de cien mil habitantes situada al sur de Sofía, la capital de Bulgaria. A pesar de gozar de una dilatada tradición científica y cultural, igual que el resto de los pueblos balcánicos, los búlgaros nunca tuvimos buenas cartas; tampoco supimos cómo jugarlas. Fuimos unos títeres de las grandes potencias europeas, sin dejar de dar bandazos de una orilla a otra de la gran grieta que separa las dos Europas.

Los búlgaros gozamos de muchas virtudes, pero como pueblo valemos poco. Ignoramos nuestra historia porque no estamos orgullosos del pasado. Vivimos en una especie de limbo. Durante décadas renunciamos a construir nuestro futuro. Transitamos por la historia al ritmo marcado por otros desde fuera.

Cuando decidí abandonar mi pueblo para estudiar en la Universidad de Sofía, estaba segura de que aquel salto a la capital me abriría las puertas que me negaba Pernik.

Mi expediente académico siempre sobresalió por encima de los de mis compañeros y, como era de esperar, pronto los profesores de bachillerato vieron en mí a una joven prometedora. Todos estaban de acuerdo en que no podía quedar recluida a las pocas opciones que ofrecía mi ciudad natal. No fue difícil convencer a mis padres para que fuera a la universidad a seguir mis estudios. Sin oponer resistencia, me dejé llevar por ellos, que decidieron matricularme en el grado de Matemáticas. Entonces, todos los estudios me resultaban

indiferentes. En realidad, solo estaba segura de dejar aquel ambiente donde nunca ocurría nada. Estaba cansada de aquellos días en que el viento apenas contaba con fuerzas para limpiar la atmósfera cargada de monóxido de carbono que inundaba Pernik.

Los cinco años que pasé en la Facultad de Matemáticas e Informática transcurrieron rápido, apenas guardo recuerdos de ellos, y con el paso de los años he ido olvidando buena parte de los teoremas de álgebra, geometría lógica o estadística que memoricé. Estaba satisfecha con mis logros, aunque era consciente de que carecía del talento que exhibían algunos de mis compañeros. Disfruté de mis estudios y mis progresos, pero pronto me di cuenta de que los más brillantes no estudiaban como el resto, simplemente vivían en su universo. Me decía que no estaba hecha para aquello. Concluida mi licenciatura solo estaba segura de una cosa: necesitaba cambiar de aires. Apreciaba la belleza de esos saberes y su utilidad, pero quedé saturada. Aquel no era mi mundo.

En aquellos tiempos, la Universidad de Sofía se esforzaba en seguir al pie de la letra las directrices de Bruselas. No debe de extrañarnos el interés de los tecnócratas de la Unión Europea por supervisar la reforma universitaria en todos los antiguos satélites de la URSS. Ellos estaban convencidos de que, para convertir estos países en auténticas economías de mercado, era imprescindible que cada país contara con un grupo selecto de jóvenes talentosos formados bajo los cánones más ortodoxos. En el campo de las ciencias sociales, los manuales que procedían de la Rusia comunista fueron pronto reemplazados por los superventas norteamericanos que destacaban por sus atractivos diseños. No dejaron margen para el debate y el contraste de las ideas. Nadie escapó del dogmatismo que imperaba, desde hacía décadas, en las universidades de todo Occidente.

Recuerdo que estaba entretenida en las últimas materias del grado de Matemáticas y me embargaban las dudas. De pronto, al cruzar el amplio *hall* del nuevo edificio de la Facultad de Matemáticas e Informática, llamó mi atención un pequeño póster de color verde que anunciaba un curso de posgrado sobre «Estrategias de desarrollo en

un mundo global y complejo». Sin saber gran cosa sobre economía, encontré sugerente la propuesta. Se trataba de una iniciativa de un grupo de jóvenes profesores que pretendían en aquel curso, al menos eso anunciaba el escrito, recuperar una serie de teorías sobre desarrollo económico que gozaron de cierta popularidad en determinados países de bajas rentas entre los años cuarenta y sesenta del siglo xx.

Tuve la sensación de que era justo lo que necesitaba, algo muy distinto de lo que había hecho hasta entonces. Desde el primer momento llamó mi atención. Primero, por su contenido heterodoxo, y después, por la osadía de sus organizadores de ofrecer una propuesta a contracorriente del resto de la oferta académica.

Sin prisas releí el título del curso de posgrado. Poco después recité para mis adentros aquellas cuatro palabras tan intrigantes, al menos para una recién licenciada en Matemáticas: global, complejo, desarrollo y estrategias. Y pregunté para mis adentros: «¿Qué misterio encierran estos conceptos tan enigmáticos? ¿Quién puede ser tan osado para lanzar un programa tan arrogante?».

El folleto fue como un flechazo. De pronto comprendí que mi futuro podía estar en la economía. Y entonces decidí tirar del hilo. Así empezó todo.

Aquel día crucé por primera vez el umbral del vetusto edificio que albergaba la Facultad de Economía de la Universidad de Sofía. Después de alcanzar el tercer piso, opté por el pasillo de la derecha y llegué hasta las dependencias administrativas del Departamento de Economía.

—Discúlpeme —dije.

—Sí, tú dirás —inquirió una señora de avanzada edad que estaba ojeando una revista de estridentes colores.

—Quería informarme sobre el curso de posgrado que organizan.

—¿Un curso de posgrado? ¿Qué curso?

—El dedicado a las políticas de desarrollo económico.

—El curso de las políticas... Ah, sí. Es el curso que dirige el profesor Georgiev. Estás de suerte, hoy es martes. Lo encontrarás en el despacho del fondo.

Sin perder tiempo avancé por el estrecho pasillo hasta alcanzar la pared del fondo, retrocedí unos pasos y, sin apenas llamar, abrí la puerta del despacho. Comprobé que se trataba de una estancia pequeña, casi un cuchitril, con las paredes desconchadas. Me sorprendió el estado de aquel edificio tan degradado. Estaba acostumbrada a las modernas aulas de la Facultad de Matemáticas, recientemente construida gracias a los fondos europeos, donde los grandes ventanales permitían que el sol entrara por todas partes. Sin preámbulos pregunté al joven que ocupaba la única mesa que poblaba aquel reducto:

—¿Profesor Georgiev?

—Sí, soy yo. ¿Qué necesitas? —me respondió una voz masculina que aparentaba menos edad de la que realmente tenía.

—Venía a informarme acerca del curso que realizan en el departamento.

—Te refieres al curso de posgrado.

—Sí, en efecto.

—Muchas gracias por tu interés. Siéntate, estaré encantado de informarte.

Así comenzó mi relación con el profesor Georgiev.

Con los años, este joven profesor de imagen descuidada y carácter hosco acabó siendo uno de mis principales referentes. Durante aquel curso mantuve frecuentes conversaciones con él. Cuando charlábamos hasta sobre los temas más prosaicos, el tiempo pasaba sin apenas percatarme de ello. Siempre estuvo a mi lado y puso en valor mis cualidades, mi capacidad analítica, mi pasión por descifrar los enigmas que llamaban mi atención y mi habilidad para penetrar en espacios poco explorados. Nunca dejó de animarme para ir más lejos en la búsqueda de otros escenarios.

Años más tarde, como no podía ser de otro modo, él acabaría siendo el director de mi tesis doctoral junto con la doctora Olivia Coleman del Massachusetts Institute of Technology (MIT). Todavía conservo bien frescas muchas de las conversaciones que mantuvimos sobre mi futuro profesional.

—Anka, aquí no encontrarás lo que buscas —insistía el doctor Georgiev—. Sé valiente y vuela lejos. Vete fuera, eres joven y tienes suficientes energías para hacer realidad tus sueños. No solo lo digo por ti, también lo digo por nosotros. Este país necesita jóvenes como tú para encontrar las sendas de progreso que hace muchos años perdió. Solo fuera encontrarás las claves de nuestro futuro como pueblo.

—Tengo miedo de fracasar en mi aventura, profesor. Ignoro lo que me espera fuera de mi entorno inmediato —recuerdo que le dije ante sus consejos.

—Soy consciente de los temores y las dudas que te acechan, pero no dejes escapar la oportunidad que se presenta. Por suerte, dejamos atrás los tiempos de las fronteras cerradas y el pensamiento monolítico. Aprovecha la ocasión y sal en la búsqueda de nuevas respuestas. Aquí no hallarás lo que buscas —insistía mi profesor, mientras yo le daba largas.

Al principio me resistía. Me costaba verme tan lejos de Bulgaria. Por breve que fuera mi ausencia, tenía miedo de encontrarme perdida y aislada en una tierra hostil regida por principios muy alejados de los míos.

Transcurrían los meses sin decidirme a dar el salto. El ambiente en mi universidad cada vez era más tenso y crispado. Todo eran trifulcas entre unos y otros, sin dejar espacio para el debate sereno y la creatividad colectiva. Me sentía cansada de tantas broncas estériles. Notaba que mis fuerzas se iban apagando. Y, tal vez por ello, al cabo de pocas semanas tomé la decisión.

Durante los meses siguientes esboqué un plan de trabajo para hacer mi tesis doctoral. Mi idea consistía en analizar cómo los flujos comerciales entre países inciden negativamente en la distribución de los ingresos entre la población.

Mi objetivo era abordar dos fenómenos que, hasta entonces, habían sido estudiados por muchos economistas, pero desde una perspectiva nueva. Predominaban los trabajos que analizaban por separado ambos fenómenos. Por un lado, las teorías del comercio interna-

cional arrancaron con los economistas clásicos de los siglos XVIII y XIX, y pronto se convirtieron en uno de los campos más estudiados. Por otro lado, el estudio de las desigualdades en el reparto de las rentas entre los diferentes colectivos que participan en la economía.

Me propuse integrar los dos fenómenos en un mismo relato. Pretendía desenmascarar las mentiras de la teoría económica convencional cuando afirma que el comercio entre países siempre beneficia a todos los actores implicados. «Eso no es cierto», me decía. Muchas veces unos salen beneficiados y otros perjudicados. Estas injusticias las viví en carne propia en mi nación. Sabía por experiencia que, en muchas ocasiones, con el comercio, unos ganan a costa de las pérdidas y los sufrimientos de los sectores más débiles de la sociedad. Además, quería demostrar que la realidad del comercio internacional era más compleja y cruel de lo que solían decirnos los relatos oficiales. ¡Qué inocente que es la ignorancia! Recordaría años después.

Siempre supe que el reto que me planteaba no era fácil, pero jamás dudé de que lograría mi objetivo. Sabía que acabaría encontrando la luz al final del túnel. Solo necesitaba encontrar el hilo que me permitiría deshacer la madeja.

Fui aprendiendo de mis errores. A menudo, avanzaba a trancas y barrancas sin encontrar aquella senda que me permitiría progresar a paso firme, sin el riesgo de despeñarme hacia el fracaso. Fui consciente de cuál era mi punto de partida, pero ignoraba a dónde me llevarían mi curiosidad y mi osadía. En aquellos tiempos me encontraba perdida. Si he de ser sincera, eso no me preocupaba. Sabía que al final encontraría mi ritmo y mi relato. Iba a tientas, avanzando por aquel túnel sin luz, segura de que acabaría encontrando la salida.

«En general, los grandes proyectos de investigación nunca alcanzan por completo sus metas», me decía. Siempre encuentras imprevistos que te obligan a transitar por atajos desconocidos. Los científicos vagan por las tinieblas de la frontera del conocimiento sin saber a dónde les lleva. En ocasiones, el atajo elegido va a ninguna parte,

mientras que, en otras, encuentran la luz que recompensa todos sus esfuerzos.

Sea cual sea el resultado final, el fracaso no deja de ser una señal del camino recorrido. De la senda que jamás se ha de volver a pisar, como decía el poeta. En cierto modo, todo trabajo científico no deja de ser, al mismo tiempo, un éxito y un fracaso.

Mi tesis llegaría a buen puerto si era capaz de encontrar el ambiente adecuado para llevarla a cabo. Me sentía segura de mí misma. Estaba convencida de que mi aventura americana sería propicia siempre que encontrase a los compañeros de viaje adecuados.

A pesar de las ilusiones depositadas en la nueva experiencia que se me brindaba, con frecuencia caía presa de mis temores. Dormía mal y me levantaba cansada. A lo largo del día me costaba disimular mi modorra, iba dando tumbos como un zombi por las dependencias del Departamento de Economía. Aquellos días no dejaba de decirme: «Pecas de vanidosa, Anka. Te crees superior al resto e ignoras tus flaquezas, a menudo pretendes ir más allá de lo que permiten tus fuerzas. Sé práctica, observa cómo los demás gestionan sus limitaciones. Convivir con los límites de cada cual te permitirá ir más lejos hasta alcanzar el sitio que te corresponde».

Tampoco pedía mucho, me decía. Solo buscaba la pregunta abierta que diera la señal de salida de mi plan de investigación. Ahora que miro atrás con la perspectiva que me ofrecen los diez años transcurridos desde mi primer viaje a los Estados Unidos, creo que cuando crucé el Atlántico por primera vez no era más que una joven cargada de ilusiones.

Sin embargo, tenía la certeza de que lo conseguiría. No me interesaban las montañas de datos que tanto nos abruman. Solo buscaba el enigma que me abriría la senda que, hasta entonces, nadie había podido recorrer. Mis esfuerzos fueron en vano. Empezaba a sentirme cansada y a disgusto conmigo misma. «Joven economista busca una buena pregunta para dar rienda suelta a su imaginación», me decía. Estuve tentada a insertar un anuncio de tal calibre en las redes sociales.

Buscaba un cabo suelto para poder tirar del hilo. Así de sencillo. Me interesaba hacer el camino más que alcanzar la verdad. ¿Una verdad en la Economía? ¿De eso se trata? Creo que no. Me asustan estas palabras tan rotundas. Existen muchas verdades que se complementan y retroalimentan unas a otras hasta cubrir los agujeros incompletos del puzzle. No me atraen las verdades absolutas ni los colores extremos. Adoro todos los colores del arcoíris. Qué hermosa es nuestra vida cuando la contemplamos con todos sus matices.

Al final de todo el trayecto, tal vez me conozca a mí misma y estaré más cerca de esa imagen a la que me voy aproximando, a pesar de que nunca logro alcanzarla. Tirar del hilo no es más que eso, significa empezar a indagar, poco a poco, sin prisas, deshaciendo aquella madeja que nunca se deja atrapar.

En cuanto a mí, me identifico más con el can adiestrado que no descansa hasta atrapar a su presa que con la figura de un teórico o un filósofo que vive cómodamente instalado en el mundo de las ideas. Soy más de acción que de reflexión. Siempre reivindicé mi derecho a decidir por mí misma, aunque jamás me consideré superior al resto de mis compañeros, tampoco inferior. Ahora comprendo que muchos no entendieron mi forma de ser. Si empezara de nuevo intentaría expresarme con mayor claridad.

En Economía no me interesa la descripción por sí misma, porque ni soy una historiadora ni una periodista ni me atraen los hechos ni las grandes fechas que recuerdan una batalla o cualquier acontecimiento digno de ser recordado. Me interesan los datos cuando me abren espacios más amplios y me permiten alcanzar regularidades que se muestran estables con el transcurso del tiempo.

Disfruto más dibujando el futuro que estudiando el pasado. Hoy todo se achica. El presente es efímero y el futuro cada vez está más cerca. Me apasionan los cambios y las metamorfosis colectivas.

Y, al final, di el salto.

Cuando decidí seguir el consejo del profesor Georgiev era muy consciente de mis limitaciones. Buscaría en las mejores universidades norteamericanas la inspiración que tanto se me resistía en mi país.

Mi objetivo era realizar una estancia de un año en uno de los centros de mayor prestigio en el campo del desarrollo económico.

Por fin, al formulario de la Fundación Littauer añadí mi currículum, la carta de recomendación del profesor Jacob Georgiev, mi propuesta de investigación y, por último, mi expediente académico. Dejé transcurrir los días, sin molestarme apenas en saber qué harían aquellos señores con la solicitud. Y, un día, apareció en el buzón de casa la carta que contenía el veredicto esperado. Cuando comprobé el resultado favorable de mi petición, apenas supe cómo reaccionar. No daba crédito. Me costaba imaginar que realizaría mi tesis doctoral en uno de los centros más prestigiosos del mundo.

Pronto me puse en contacto telefónico con el MIT y después de aquella llamada todo fueron facilidades. La doctora Olivia Coleman en persona, una de las mejores investigadoras del momento, me comunicó pocos días después su voluntad de tutelar mi proyecto. Recuerdo mi sorpresa y alegría. Era mi gran oportunidad y no podía echarla a perder.

Muchas veces me he preguntado qué vieron en mí los patronos de la Fundación Littauer para concederme tan generoso apoyo. Sin demora, reservé los vuelos que me llevarían a Boston y me puse en contacto con dos jóvenes investigadores de mi país que llevaban tiempo allí. Al cabo de pocos días, aquel sueño perseguido durante tantos años se hacía realidad. Al menos eso era lo que pensaba.

El vuelo procedente de París llegó con varias horas de retraso al aeropuerto de Boston. Me llamó la atención que nadie se inmutara ante aquel percance. Los pasajeros seguían con sus menesteres, como si el plan de vuelo siguiera el horario previsto. A pesar de llevar más de dos horas de demora, nadie pedía explicaciones sobre las causas del retraso. Unos yacían dormidos, otros mantenían la cabeza ladeada ante los monitores y el resto estaba inmerso en sus lecturas.

Era mi mundo patas arriba, pensé. En circunstancias como aquellas, mis compatriotas no dejarían de expresar su descontento con gritos, silbidos y más de un exabrupto. No podía concebir aquella

apatía. Jamás vi nada parecido. ¡Qué distinto es el comportamiento de los míos!

En mi país los pasajeros aplauden el buen hacer de la tripulación después del aterrizaje de la aeronave, o bien protestan con rabia ante los retrasos del vuelo. En una situación como la que había vivido en el Logan Airport de Boston, mis paisanos no dejarían de manifestar su enfado. Buena parte de los pasajeros habrían mostrado su malestar con ademanes desairados. Aquí, en cambio, todo el mundo deja pasar el tiempo sin inmutarse. En Bulgaria, siendo conscientes de que nada conseguirían con ello, son incapaces de estarse quietos. Necesitan desahogarse. Aunque de poco les sirve el alboroto, pero no pueden evitarlo.

Al cabo de la larga espera, una voz mecánica indicó que en breve se procedería al desembarco. «¡Por fin!», exclamé. La mayoría de los pasajeros ni siquiera se inmutaron. Solo minutos después, cuando el pasillo quedó despejado a la altura de sus butacas, empezaron a des-perezarse con torpeza, buscaron sus pertenencias y se desplazaron como zombis desorientados.

Después de la recogida de maletas, todos los pasajeros aceleraron el paso para tomar posiciones en los controles de inmigración. Tuve suerte, los extranjeros con un visado J-1, el permiso habitual para realizar una estancia de investigación, fuimos conducidos a una cinta azul que iba zigzagueando en un espacio diáfano, sin apenas cola. Durante el breve paseo marcado por la cinta, no tuve tiempo para ordenar mis documentos. Cuando llegó mi turno, una joven me indicó la ventanilla a la que debía acudir. Me dejaba llevar por indicaciones del personal de control. Gracias al golpe seco del sello metálico contra la superficie del visado fui consciente de que mi hazaña americana dejaba de ser un sueño. Entonces me di cuenta de que, por fin, acababa de superar uno de los filtros fronterizos más exigentes del planeta. «¡Por fin, lo logré! Pero sé cauta, no te hagas muchas ilusiones, Anka», me dije.

Recuerdo la sensación de frío intenso que me embargaba aquella noche cerrada. Al pasar unos instantes, divisé la puerta de salida que

condujo a un espacio amplio y diáfano donde familiares y amigos esperaban inquietos la aparición de una cara conocida. Me llamó la atención que algunos portaban ramos de flores para sus esposas o compañeras. Hasta llegué a divisar una pancarta, hecha a mano, sin destreza, donde apenas podías leer aquella frase tópica que solo algunos se atreven a expresar: «Bienvenida a casa, Mary». Eran cuatro palabras mal dispuestas en el fondo claro de la tela. Entonces pensé que a mí nadie me esperaba.

Siguiendo los consejos que había conseguido de dos compañeros de la Universidad de Sofía que residían en Boston, salí del vestíbulo por la primera puerta que encontré frente a mí y respiré profundamente el aire frío del exterior. Las idas y venidas de pasajeros acompañados de familiares y amigos ocupaban por completo las aceras. Se les veía felices por la llegada al hogar. Me llamó la atención el trasiego intenso de pasajeros que portaban grandes bultos.

Cuando dejé atrás la salida de la terminal de vuelos internacionales, viré a la izquierda hasta toparme con la cola de espera de los taxis. Esperé largo rato, mientras acarreaba, no sin grandes esfuerzos, mis dos maletas. Por fin, llegó mi turno. Cuando comprobé que el portón trasero del coche se levantaba, introduje a trancas y barrancas los dos pesados bultos en el sucio maletero. Una vez en el taxi, mantuve un diálogo de sordos con el viejo conductor, que apenas se inmutó ante mi presencia:

—Hola. A Cambridge, cerca de Harvard Square, por favor —dije.

—Perdone. No le entiendo —protestó el taxista.

—A Cambridge, déjeme un poco antes de Harvard Square. Ya le indicaré —le precisé al viejo taxista.

Después de asentir con la cabeza, el anciano activó el motor del maltrecho taxi amarillo y, al fin, el trasto arrancó a trompicones. Ya en marcha, él soltó una serie de frases entrecortadas que a duras penas entendí.

—Bien, de acuerdo. Usted quiere ir a la Harvard Square, señorita. ¿No es así? —correspondí con un torpe balanceo de cabeza en señal de ratificación—. Ahora sí. Todo está claro. Pues allá